

Una IU para un nuevo país Construyendo un movimiento político y social socialista, feminista y ecologista

XI Asamblea de Izquierda Unida

¿Cómo desarrollar en este ciclo político las confluencias?

Unidad popular y confluencias

Las organizaciones políticas responden a intereses sociales concretos y, en la medida en que la estructura social se transforma, la evolución en las formas organizativas ha de darse igualmente. Precisamente, la izquierda española fue pionera en transitar un camino que después recorrerían muchas otras organizaciones en el resto de Europa. La fundación de Izquierda Unida no fue una mera respuesta ante una situación electoral adversa, sino una inteligente adaptación a transformaciones socioeconómicas en marcha que cambiaban de forma decisiva la vida social y cultural de la clase trabajadora. Y tuvo la virtud, además, de ser capaz de abrir una nueva etapa sin echar por la borda todo el bagaje que las distintas tradiciones de la izquierda habían acumulado durante décadas. Una lección decisiva para el momento actual.

Como ya se ha mencionado, la sociedad española vive también hoy cambios muy profundos. Y ello nos obliga a plantearnos si la formulación actual de Izquierda Unida sigue siendo la mejor herramienta organizativa para tratar de alcanzar los objetivos políticos que nos planteamos. No es un debate nuevo: las últimas Asambleas han planteado la necesidad de repensar la izquierda, ampliar sus límites y cambiar sus formas. La X Asamblea Federal apostó de manera decidida por avanzar hacia un Bloque Político y Social como proyecto de mayorías para lograr una posición hegemónica en una sociedad cuyos cambios habíamos analizado con acierto. Se trata ahora de reafirmar, actualizar y cumplir de una vez por todas con aquella apuesta.

En este tiempo desde la X Asamblea hemos vivido dos etapas bien diferenciadas. Inicialmente, hubo una continuidad en el intenso ciclo de movilizaciones abierto desde la Huelga General de 2010 y el 15 de Mayo de 2011. A partir de 2014, y ante la inminencia de un ciclo electoral de dos años, se produjo la sedimentación institucional de parte de esa energía desplegada a través de distintos cauces. Surgieron formaciones políticas nuevas y se experimentaron alianzas entre organizaciones y ciudadanía no organizada, aunque siempre con fórmulas diversas.

La participación de Izquierda Unida en todos esos procesos ha sido desigual y, desde luego, nada sencilla. Pero, aún con toda su complejidad y asumiendo los múltiples errores y deficiencias de todas estas experiencias, podría decirse que el Bloque Político y Social se ha ido conformando, de forma inconclusa, en algunas de sus vertientes. Es verdad que no le ha correspondido a nuestra organización el papel vertebrador de ese Bloque como hace cuatro años podía haberse imaginado. Pero ello

no ha sido óbice para que IU haya jugado y juegue un papel central en algunas de las expresiones locales o territoriales que han cristalizado en los últimos meses o en las movilizaciones sociales que se han producido y que son elementales para la configuración del bloque.

Ese papel central de IU en proyectos que están protagonizando ya hitos inéditos en importantes ciudades, o que incluso tienen su réplica en algunos territorios históricos, contrasta con otras realidades locales y autonómicas en las que el apoyo electoral, salvo notables excepciones, está estancado o en retroceso a pesar del desgaste del bipartidismo. Ello no se debe a un peor trabajo, sino a multitud de condicionantes, muchos de ellos exógenos, que han impedido un desarrollo más homogéneo de los procesos de confluencia. Siendo así, en muchos de estas realidades, IU mantiene capacidad de influencia social y política y sigue realizando una labor institucional reconocida.

Todo ello nos lleva a una doble constatación. En primer lugar, que está en marcha la conformación de un bloque social y político complejo, contradictorio en ocasiones, del que IU forma parte, pero con el que interacciona de manera diversa territorialmente. En segundo lugar, que las referencias electorales para nuestra organización, a día de hoy, son diversas, y que seguramente se trata de un proceso que no se revertirá a corto plazo.

En todo momento entendemos que la unidad popular es un concepto que va mucho más allá de la mera colaboración electoral y sus distintas modalidades. Y es que la unidad popular no es una herramienta para la maximización de actas de diputados. Tampoco es una consigna electoral. La unidad popular es una estrategia que se manifiesta en las huelgas generales, en la paralización de los desahucios y en cualquier conflicto social donde las clases populares trabajan juntas a pesar de sus afiliaciones políticas o sindicales. En los últimos años hemos visto muchas expresiones diferentes de unidad popular. Las huelgas generales de 2010 y 2012, el movimiento 15-M en 2011, las mareas en defensa de los servicios públicos de 2012 en adelante, las movilizaciones de Rodea el Congreso o las Marchas por la Dignidad son ejemplos de ello. Y, cuando se dan las condiciones, es muy necesario replicar esa misma actitud en los hitos electorales. Esa es la idea que tenemos de la unidad popular, sintetizada en la expresión *marchar separados, golpear juntos*.

Lo que ha transformado las conciencias ha sido la experiencia directa de una realidad dolorosa, a través de los efectos de la crisis económica y de las políticas neoliberales, pero el verdadero cambio se produce al comprobar que es posible cambiar la realidad, que es posible frenar los desahucios, que es posible paralizar los planes de destrucción de la sanidad pública, que es posible ocupar las plazas y las calles.... El grado de politización generalizada de la sociedad no se producía en décadas. Todo ello ofrece una gran oportunidad, pues con procesos descendentes, que centran su atención en las instituciones, volveremos a tener procesos ascendentes.

El papel de IU en la fase actual debe situarse en la consolidación y avance del espacio de este proyecto rupturista en el terreno social, económico e institucional. Por tanto, junto a las prácticas de resistencia y de confluencia de las luchas parciales debe abrirse la fase de la construcción del poder popular. Esta nueva fase debemos crear espacios democráticos para la decisión y el control desde la base, para evitar que la crisis del sistema político se resuelva con la cooptación de nuevas élites.

La unidad aparece así ante quienes quieren transformar su realidad cotidiana, como un valor en sí mismo. Es lógico que sea así, pues “lo que no podemos hacer muchos, no lo pueden hacer unos pocos”, pero nosotros sabemos que con la unidad no es suficiente, como no es suficiente con ganar unas elecciones. Necesitamos además un programa de transformación socialista de la sociedad y la voluntad de llevarlo a cabo frente a todas las resistencias.

Pero para tener esa oportunidad es necesario unir fuerzas, por ello debemos seguir siendo los más consecuentes defensores de la unidad de la izquierda en un frente electoral que pueda obtener la victoria en las urnas. Pero vamos más allá, queremos una unidad estable, conquistar un frente que agrupe las fuerzas transformadoras, pero sabemos que esa colosal tarea no se consigue por pactos cupulares, sino que será el producto de la lucha cotidiana, de la unidad de acción en luchas concretas que imponga los resultados positivos de la unidad por encima de cualquier sectarismo. La PAH ha sido un ejemplo clarísimo de como la lucha puede provocar no sólo conquistas parciales sino transformaciones sociales. Ese debe ser el objetivo, llevar esa táctica a todos los terrenos, especialmente recuperando la lucha en el terreno sindical, defendiendo nuestras ideas en el seno de unos dirigentes sindicales y unas estructuras que no han sido capaces de cambiar con la sociedad y siguen anclados en la época del pacto social.

El objetivo es configurar un Bloque Social y Político de carácter alternativo para sustentar la estrategia de ruptura democrática y social para un proceso constituyente. Y la estrategia es avanzar en la más amplia unidad popular, en un sentido completo y no sólo electoral, y debemos aplicarnos en concretarla y desarrollarla en el próximo ciclo político.

Se trata de crear un espacio social y político de convergencia, que sume e integre a todos estos agentes en un proyecto alternativo, en un movimiento para la transformación social. Y que esta integración se haga desde el reconocimiento y la suma de las diferentes aportaciones, experiencias y recursos de las diferentes organizaciones, en un marco de igualdad en cuanto a su legitimidad y de democracia directa en la toma de decisiones. Este llamamiento a la convergencia en 2016 no puede ser ya el mismo que el realizado en 2008: la situación política es claramente distinta. La convergencia de mañana, si verdaderamente apostamos hoy por ella, será en un espacio abierto, naturalmente con IU, pero también con otras organizaciones igualmente legitimadas y superando los límites de nuestra propia organización.

Un nuevo espacio, Bloque o Plataforma político social plural que se articule y organice internamente, desde la deliberación y las metodologías participativas, sobre tres ejes fundamentales: la concienciación y movilización social, la elaboración política y la propuesta electoral común.”

La unidad popular es, por lo tanto, la única estrategia posible para la salvación de una sociedad y una comunidad política que se está disputando una forma de vida. No sólo en España. Se trata de escoger entre la consolidación del neoliberalismo o entre la constitución de una alternativa económica y social construida desde la ruptura democrática y desde abajo. Desde las entrañas de una sociedad que demanda pan, trabajo, techo y dignidad. Reiteramos nuestro llamamiento a la altura de miras ante un momento político crucial para la historia de los pueblos de Europa.

Por otra parte, las elecciones municipales de 2015 han sido un escenario para probar diferentes tipos de candidaturas de confluencia. Aunque su origen es complejo y diverso, lo cierto es que muchas de esas candidaturas obtuvieron resultados extraordinarios y fueron capaces de ganar en muchas ciudades. Allí fue también necesaria la presencia de Izquierda Unida junto con las militancias y cuadros de otros partidos. La heterogeneidad resultante fue muy importante, y la mezcla de culturas políticas también. Permitieron ilusionar a la ciudadanía de izquierdas y a la vez demostraron que era posible abrir una brecha electoral al bipartidismo. No obstante, en ningún caso se consiguió mayorías suficientemente amplias como para gobernar en solitario.

Pero uno de los principales problemas que enfrentan estas candidaturas son las restricciones económicas que tienen como consecuencia del contexto económico y fiscal. Salvo alguna excepción, la mayoría de las ciudades está bajo vigilancia estricta del gobierno del Estado y, además, sometida a fuertes imposiciones financieras que limitan por mucho la capacidad de gestión política. Al mismo tiempo, la falta de una ideología definida y de objetivos económicos y sociales concretos ha marcado una tendencia a la política de gestos que ha intentado compensar la ausencia de políticas vinculadas con los aspectos materiales de la ciudad. Por lo tanto, mientras estas candidaturas no superen en actual marco municipal, no podrán dar respuesta a las esperanzas despertadas, nuestro reto es que estas candidaturas entiendan que su propio futuro va ligado al éxito de un proyecto de carácter alternativo que rompa el actual marco normativo. También tenemos que señalar la actual incapacidad de estas candidaturas para tejer espacios de decisión que vayan más allá de lo institucional, algo que habrá que abordar con urgencia para evitar la institucionalización y desconexión con respecto a la calle.

En las últimas elecciones generales Izquierda Unida acudió a las urnas en el marco de Unidad Popular, un espacio democrático de reciente creación. Valoramos muy positivamente la experiencia de estas candidaturas de Unidad Popular, que es una experiencia que obedece a los criterios unitarios, participativos y transformadores que caracterizan nuestra política de alianzas. Debemos de reconocer que, a pesar de nuestro trabajo, en algunos casos a nivel municipal o autonómico, lo conseguido ha sido insuficiente, y no sólo desde el punto de vista electoral, al no ser capaz de integrar en este proceso a otras organizaciones y tradiciones políticas, relevantes en la configuración de la izquierda social y política actual.

En cuanto a los procesos de confluencia electoral en el marco de las elecciones generales, que no son en estos momentos espacios de unidad popular, somos conscientes de que existen ritmos diversos en función de los territorios. Es normal en un escenario de descomposición del sistema tradicional de partidos y en mitad de una grave crisis económica, que se da además en un país atravesado por conflictos de identidad nacional. Sin duda, un paso necesario es gestionar esas diferencias y tratar de acompañar los ritmos en la medida de lo posible. En todo caso, la cuestión central es asegurar que la toma de decisiones y las actuaciones de quienes pertenecemos a IU, en cualquier ámbito político y territorial de la vida política, estén en función de los acuerdos que se toman en el ámbito federal.

No obstante, las experiencias de confluencia han puesto de relieve su potencialidad en un contexto socioeconómico como el actual, despertando un enorme atractivo entre la población y poniendo sobre la mesa claras posiciones de ruptura democrática. Nuestra

apuesta por estas fórmulas está fuera de duda y trabajaremos además para demostrar al resto de fuerzas políticas la necesidad de que se convierta en una apuesta estratégica común de ámbito estatal, y no táctica y desigual territorialmente.

Defendemos la confluencia como un espacio acogedor en el que se sientan cómodas todas las personas que se reconozcan en él, tanto individual como colectivamente. En el que cada persona y organización sienta reconocida su aportación con independencia del tamaño de la misma. En el que cada persona y organización se vea reconocida en las decisiones tanto de carácter político como organizativo. La construcción de estas confluencias se debe dar en base a dos elementos importantes: la federalidad, y la radicalidad democrática. La federalidad debe permitir la construcción de espacios de unidad popular en los diferentes territorios del estado, garantizando la coherencia de una propuesta política, organizativa y electoral común. Finalmente, la radicalidad democrática en la toma de decisiones y en los mecanismos concretos de elección, debe ser la metodología utilizada para garantizar la construcción plural del espacio y blindar el valor político que tiene la unidad de acción política y social.

En coherencia con el análisis de este texto y los documentos aprobados durante años por la militancia de IU, hay que seguir construyendo espacios de colaboración electoral siempre que se den las condiciones que aseguren el reconocimiento de la identidad de nuestro proyecto político y un suficiente espacio programático común. Mientras construimos un movimiento político y social que vaya más allá de IU tenemos que reforzar toda nuestra colaboración con otras fuerzas y movimientos.

Plantear hoy la propuesta de una izquierda alternativa, anticapitalista, republicana, antipatriarcal y ecologista no es posible partiendo desde cero. IU es una realidad en la que se referencian miles de cargos públicos y personas que tienen a IU como único espacio de militancia política. Pero al mismo tiempo nuestro reto es construir con otros muchos un espacio de confluencia social y política que refleje las alianzas del Bloque Social y Político de carácter alternativo, con un programa común. Se trata en este momento de desarrollar una estrategia de confluencia que conforme la más amplia unidad popular con objetivos claros de ruptura y sustentados en una base programática.